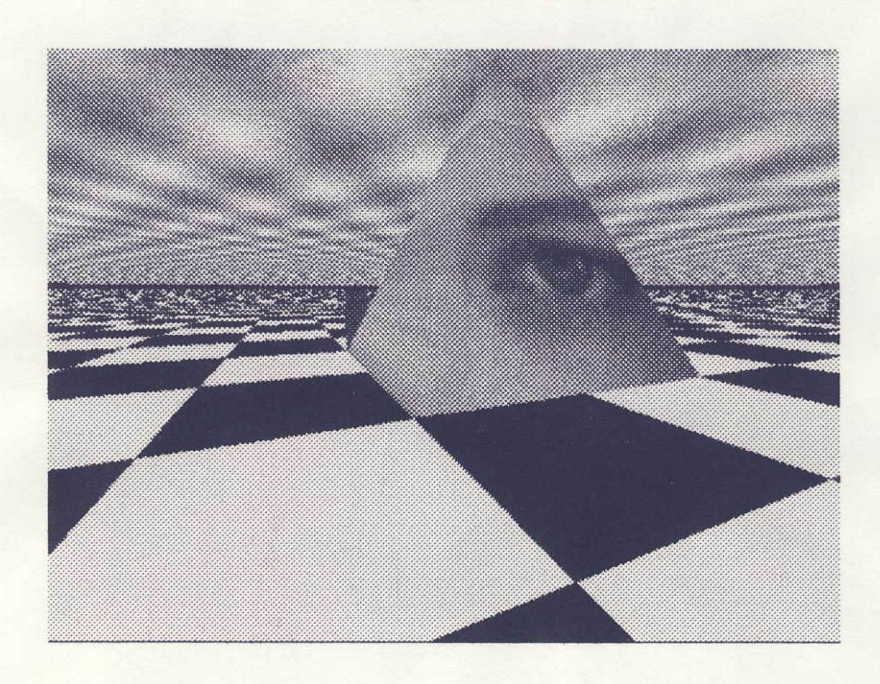


La Biblioteca de Babel

Jorge Luis Borges

(Versión, reversión, inversión

de José Joaquín Carrera Moreno)



La obra de Borges está llena de alegorías, metáforas y pistas sobre el conocimiento humano, sus posibilidades y sus paradojas, y los desarrollos futuros de una sociedad del conocimiento volverán –sin duda- su mirada sobre esta obra compleja de un escritor del siglo XX. Sus juegos intelectuales permiten el desarrollo de numerosas epistemologías transversales, que iluminan nuestra condición humana, en temas relacionados con la identidad, la finitud y el infinito , el carácter ilusorio de la realidad, etc.

Me he permitido alterar levemente un cuento del Maestro, "La Biblioteca de Babel", escrito hace ahora sesenta años. Lo hago sin remordimiento - a pesar de mi veneración hacia su obra- porque tengo la íntima certeza de que al viejo Georgie le hubiera encantado esta nueva lectura de su cuento.

José Joaquín Carrera Moreno

Jerez, Navidad 2001

Correo electrónico:

cuadernosborges@yahoo.es

La Biblioteca de Babel

Jorge Luis Borges

(Versión, reversión, inversión

de José Joaquín Carrera Moreno)

By this art you may contemplate the variation of the 23 letters...
The Anathomy of Melancholy, part. 2, sect. II, mem. IV.

El universo (que otros llaman la Red) se compone de un número indefinido, y tal vez infinito, de webs hexagonales, con vastas torres servidoras en el medio, cercadas por robots categorizadores. Desde cualquier web se ven todas las torres, inferiores y superiores, interminablemente.

La distribución de las torres servidoras, hexagonales, es invariable. Veinte discos duros, a cinco grandes discos por lado, cubren todos los lados menos dos; su altura, que es la de los pisos, excede apenas la de un internauta normal. Una de las caras libres da a un angosto zaguán, que desemboca en otra torre, idéntica a la primera y a todas. A izquierda y a derecha del zaguán hay dos gabinetes minúsculos.

Uno permite dormir de pie; otro, satisfacer las necesidades finales. Por ahí pasa la escalera espiral, que se abisma y se eleva hacia lo remoto. En el zaguán hay un espejo, que fielmente duplica las apariencias. Los hombres suelen inferir de ese espejo que la Red no es infinita (si lo fuera realmente ¿a qué esa duplicación ilusoria?); yo prefiero soñar que las superficies bruñidas figuran y prometen el infinito... La luz procede de unas frutas esféricas que llevan el nombre de lámparas. Hay dos en cada hexágono: transversales. La luz que emiten es insuficiente, incesante

Como todos los hombres de la Red, he viajado en mi juventud; he peregrinado en busca de una web, acaso del buscador de buscadores; ahora que mis ojos casi no pueden descifrar lo que escribo, me preparo a morir a unas pocas leguas de la torre servidora en que nací. Muerto, no faltarán manos piadosas que me tiren por la baranda; mi sepultura será el aire insondable; mi cuerpo se hundirá largamente y se corromperá y disolverá en el viento engendrado por la caída, que es infinita.

Yo afirmo que la Red es interminable. Los idealistas arguyen que las torres hexagonales son una forma necesaria del espacio absoluto o, por lo menos, de nuestra intuición del espacio. Razonan que es inconcebible una sala triangular o pentagonal. (Los místicos pretenden que el éxtasis les revela una cámara circular con una gran web circular de imagen continua, que da toda la vuelta de las paredes; pero su testimonio es sospechoso; sus palabras, oscuras. Esa web cíclica es Dios.) Básteme, por ahora, repetir el dictamen clásico:

La Red es una esfera cuyo centro cabal es cualquier torre servidora, cuya circunferencia es inaccesible.

A cada uno de los muros de cada hexágono corresponden cinco discos duros; cada disco duro encierra treinta y dos mil webs de formato uniforme; cada web es de cuatrocientas diez páginas; cada página, de cuarenta renglones; cada renglón, de unas ochenta letras de color negro, a veces parpadeante. También hay letras en las zonas oscuras de la página; esas letras no indican o prefiguran lo que dirán las páginas. Sé que esa inconexión, alguna vez, pareció misteriosa. Antes de resumir la solución (cuyo descubrimiento, a pesar de sus trágicas proyecciones, es quizá el hecho capital de la historia) quiero rememorar algunos axiomas.

El primero: La Red existe *ab aeterno.* De esa verdad cuyo colorario inmediato es la eternidad futura del mundo, ninguna mente razonable puede dudar. El hombre, el imperfecto internauta, puede ser obra del azar o de los demiurgos malévolos; el universo, con su elegante dotación de torres servidoras, discos duros, de webs enigmáticas, de infatigables enlaces para el viajero y de letrinas para el internauta sentado, sólo puede ser obra de un dios. Para percibir la distancia que hay entre lo divino y lo humano, basta comparar estos rudos símbolos trémulos que mi falible mano teclea en un procesador, con las letras orgánicas del interior: puntuales, delicadas, negrísimas, inimitablemente simétricas.(1)

El segundo: *El número de símbolos ortográficos es veintiseis.* Esa comprobación permitió, hace trescientos años, formular una teoría general de la Red y resolver satisfactoriamente el problema que ninguna conjetura había descifrado: la naturaleza informe y caótica de casi todas las webs. Una, que mi padre vio en una torre servidora del circuito quince noventa y cuatro, constaba de las letras MCV perversamente repetidas desde el renglón primero hasta el último. Otra (muy consultada en esta zona) es un mero laberinto de letras, pero la página penúltima dice *Oh tiempo tus pirámides.* Ya se sabe: por una línea razonable o una recta noticia hay leguas de insensatas cacofonías, de fárragos verbales y de incoherencias. (Yo sé de una región cerril cuyos internautas repudian la supersticiosa y vana costumbre de buscar sentido en las webs y la equiparan a la de buscarlo en los sueños o en las líneas caóticas de la mano... Admiten que los inventores de la escritura imitaron los veinticinco símbolos naturales, aunque ya existía el símbolo supremo, la @, pero sostienen que esa aplicación es casual y que las webs nada significan en sí. Ese dictamen, ya veremos no es del todo falaz.)

Durante mucho tiempo se creyó que esas webs impenetrables correspondían a lenguas pretéritas o remotas. Es verdad que los hombres más antiguos, los primeros internautas, usaban un lenguaje asaz diferente del que hablamos ahora; es verdad que unas millas a la derecha la lengua es dialectal y que noventa pisos más arriba, es incomprensible. Todo eso, lo repito, es verdad, pero cuatrocientas diez páginas web de inalterables M C V no pueden corresponder a ningún idioma, por dialectal o rudimentario que sea. Algunos insinuaron que cada letra podía influir en la subsiguiente y que el valor de MCV en la tercera línea de la página 116.112.0771 no era el que puede tener la misma serie en otra posición de otra página, pero esa vaga tesis no prosperó. Otros pensaron en criptografías; universalmente esa conjetura ha sido aceptada, aunque no en el sentido en que la formularon sus inventores.

Hace quinientos años, el jefe de un torre servidora superior_(2) dio con una web tan confusa como las otras, pero que tenía casi dos páginas de líneas homogéneas. Mostró su hallazgo a un descifrador ambulante, que le dijo que estaban redactadas en portugués; otros le dijeron que en yiddish. Antes de un siglo pudo establecerse el idioma: un dialecto samoyedo-lituano del guaraní, con inflexiones de árabe clásico.

También se descifró el contenido: nociones de análisis combinatorio, ilustradas por ejemplos de variaciones con repetición ilimitada. Esos ejemplos permitieron que un internauta de genio descubriera la ley fundamental de la Red. Este pensador observó que todas las webs, por diversas que sean, constan de elementos iguales: el espacio, el punto, la coma, las veintidós letras del alfabeto, la @. También alegó un hecho que todos los viajeros han confirmado: *No hay en la vasta Red, dos webs idénticas.*

De esas premisas incontrovertibles dedujo que la Red es total y que sus discos duros registran todas las posibles combinaciones de los veintitantos símbolos ortográficos, (número, aunque vastísimo, no infinito), más el gran símbolo @ , o sea todo lo que es dable expresar: en todos los idiomas. Todo: la historia minuciosa del porvenir, las autobiografías de los arcángeles, el catálogo fiel de la Red, miles y miles de catálogos falsos, la demostración de la falacia de esos catálogos, la demostración de la falacia del catálogo verdadero, el evangelio gnóstico de Basilides, el comentario de ese evangelio, el comentario del comentario de ese evangelio, la relación verídica de tu muerte, la versión de cada web a todas las lenguas, las interpolaciones de cada web en todas las webs, el tratado que Beda pudo escribir (y no escribió) sobre la mitología de los sajones, los libros perdidos de Tácito.

Cuando se proclamó que la Red abarcaba todas las webs, la primera impresión fue de extravagante felicidad. Todos los hombres se sintieron señores de un tesoro intacto y secreto. No había problema personal o mundial cuya elocuente solución no existiera: en alguna torre servidora. El universo estaba justificado, el universo bruscamente usurpó las dimensiones ilimitadas de la esperanza. En aquel tiempo se habló mucho de las Vindicaciones: webs de apología y de profecía, que para siempre vindicaban los actos de cada hombre del universo y guardaban arcanos prodigiosos para su porvenir. Miles de codiciosos abandonaron la dulce torre servidora natal y se lanzaron escaleras arriba, urgidos por el vano propósito de encontrar su Vindicación. Esos peregrinos disputaban en los corredores estrechos, proferían oscuras maldiciones, se estrangulaban en las escaleras divinas, arrojaban las webs engañosos al fondo de la papelera de reciclaje, morían despeñados por los hombres de regiones remotas. Otros se enloquecieron... Las Vindicaciones existen (yo he visto dos que se refieren a personas del porvenir, a personas acaso no imaginarias) pero los buscadores no recordaban que la posibilidad de que un hombre encuentre la suya, o alguna pérfida variación de la suya, es computable en cero.

También se esperó entonces la aclaración de los misterios básicos de la humanidad: el origen de la Red y del tiempo. Es verosímil que esos graves misterios puedan explicarse en palabras: si no basta el lenguaje de los filósofos, la multiforme Red habrá producido el idioma inaudito que se requiere y los vocabularios y gramáticas de ese idioma. Hace ya cuatro siglos que los hombres fatigan las torres servidoras... Hay buscadores oficiales, *inquisidores.* Yo los he visto en el desempeño de su función: llegan siempre rendidos; hablan de una escalera sin peldaños que casi los mató; hablan de galerías y de escaleras con

el internauta; alguna vez, entran en la web más cercana y la hojean, en busca de palabras infames. Visiblemente, nadie espera descubrir nada.

A la desaforada esperanza, sucedió, como es natural, una depresión excesiva. La certidumbre de que algún disco duro en alguna torre servidora encerraba webs preciosas y de que esas webs preciosas eran inaccesibles, pareció casi intolerable. Una secta blasfema sugirió que cesaran las buscas y que todos los hombres barajaran letras y símbolos, hasta construir, mediante un improbable don del azar, esas webs canónicas. Las autoridades se vieron obligadas a promulgar órdenes severas. La secta desapareció, pero en mi niñez he visto hombres viejos que largamente se ocultaban en las letrinas, con unos discos de metal en un cubilete prohibido, y débilmente remedaban el divino desorden.

Otros, inversamente, creyeron que lo primordial era eliminar las webs inútiles. Invadían las torres servidoras, exhibían contraseñas no siempre falsas, hojeaban con fastidio una web y condenaban discos duros enteros: a su furor higiénico, ascético, se debe la insensata perdición de millones de webs. Su nombre es execrado, pero quienes deploran los "tesoros" que su frenesí destruyó, negligen dos hechos notorios. Uno: la Red es tan enorme que toda reducción de origen humano resulta infinitesimal. Otro: cada web es única, irreemplazable, pero (como la Red es total) hay siempre varios centenares de miles de copias-espejo imperfectas: de obras que no difieren sino por una letra o por una coma. Contra la opinión general, me atrevo a suponer que las consecuencias de las depredaciones cometidas por los Purificadores, han sido exageradas por el horror que esos fanáticos provocaron. Los urgía el delirio de conquistar las webs del Hexágono Carmesí: webs de formato menor que las naturales; omnipotentes, ilustradas y mágicas.

También sabemos de otra superstición de aquel tiempo: la del WebMaster. En algún disco duro de alguna torre servidora (razonaron los hombres) debe existir una web que sea la cifra y el compendio perfecto *de todas las demás:* algún internauta la ha recorrido y es análogo a un dios. En el lenguaje de esta zona persisten aún vestigios del culto de ese internauta remoto. Muchos peregrinaron en busca de Él.

Durante un siglo fatigaron en vano los más diversos rumbos. ¿Cómo localizar la venerada torre servidora secreta que lo hospedaba? Alguien propuso un método regresivo: Para localizar la web A, consultar previamente una web B que indique el sitio de A; para localizar la web B, consultar previamente una web C, y así hasta lo infinito... En aventuras de ésas, he prodigado y consumido mis años. No me parece ínverosímil que en algún disco duro del universo haya una web total (3); ruego a los dioses ignorados que un hombre—¡uno solo, aunque sea, hace miles de años!—la haya examinado y leído. Si el honor y la sabiduría y la felicidad no son para mí, que sean para otros. Que el cielo exista, aunque mi lugar sea el infierno. Que yo sea ultrajado y aniquilado, pero que en un instante, en un ser, Tu enorme Red se justifique.

Afirman los impíos que el disparate es normal en la Red y que lo razonable (y aun la humilde y pura coherencia) es una casi milagrosa excepción. Hablan (lo sé) de "la Red febril, cuyos azarosas webs corren el incesante albur de cambiarse en otras y que todo lo afirman, lo niegan y lo confunden como una divinidad que delira". Esas palabras que no sólo denuncian el desorden sino que lo ejemplifican también, notoriamente prueban su gusto pésimo y su desesperada ignorancia.

En efecto, la Red incluye todas las estructuras verbales, todas las variaciones que permiten los veinticinco símbolos ortográficos, y la inefable @, pero no un solo disparate absoluto. Inútil observar que la mejor web de las muchas torres servidoras que administro se titula *Trueno peinado*, y otra *El calambre de yeso y* otra *Axaxaxas mlö*. Esas proposiciones, a primera vista incoherentes, sin duda son capaces de una justificación criptográfica o alegórica; esa justificación es verbal y, *ex hypothesi*, ya figura en la Red. No puedo combinar unos caracteres

dhcmrlchtdj

que la divina Red no haya previsto y que en alguna de sus lenguas secretas no encierren un terrible sentido. Nadie puede articular una sílaba que no esté llena de ternuras y de temores; que no sea en alguno de esos lenguajes el nombre poderoso de un dios. Hablar es incurrir en tautologías. Esta epístola inútil y palabrera ya existe en uno de las treinta webs de los cinco discos duros de uno de las incontables torres servidoras—y también su refutación. (Un número *n* de lenguajes posibles usa el mismo vocabulario; en algunos, el símbolo *Red* admite la correcta definición *ubicuo y perdurable sistema de galerías con torres servidoras,* pero *Red* es *pan* o *pirámide* o cualquier otra cosa, y las siete palabras que la definen tienen otro valor. Tú, que me lees, ¿estás seguro de entender mi lenguaje?).

La escritura metódica me distrae de la presente condición de los hombres. La certidumbre de que todo está escrito nos anula o nos afantasma. Yo conozco distritos en que los jóvenes se prosternan ante las webs y besan con barbarie la pantalla, pero no saben descifrar una sola letra. Las epidemias, las discordias heréticas, las peregrinaciones que inevitablemente degeneran en bandolerismo, han diezmado la población. Creo haber mencionado los suicidios, cada año más frecuentes. Quizá me engañen la vejez y el temor, pero sospecho que la especie humana—la única— está por extinguirse y que la Red perdurará: iluminada, solitaria, infinita, perfectamente inmóvil, armada de volúmenes preciosos, inútil, incorruptible, secreta.

Acabo de escribir *infinita.* No he interpolado ese adjetivo por una costumbre retórica; digo que no es ilógico pensar que el mundo es infinito. Quienes lo juzgan limitado, postulan que en lugares remotos los corredores y escaleras y torres servidoras pueden inconcebiblemente cesar—lo cual es absurdo. Quienes lo imaginan sin límites, olvidan que los tiene el número posible de webs. Yo me atrevo a insinuar esta solución del antiguo problema: *La Red es ilimitada y periódica.* Si un eterno viajero la atravesara en cualquier dirección, comprobaría al cabo de los siglos que las mismas webs se repiten en el mismo desorden (que, repetido, sería un orden: el Orden). Mi soledad se alegra con esa elegante esperanza.(4)

Mar del Plata, 1941

La Biblioteca de Babel

Notas (por Borges):

(1) El manuscrito original no contiene guarismos o mayúsculas. La puntuación ha sido limitada a la coma y al punto. Esos dos signos, el espacio, las veintidós letras del alfabeto , y el signo supremo @,son los veintiseis símbolos suficientes que enumera el desconocido. (Nota del Editor)

(2) Antes, por cada tres torres servidoras había un hombre. El suicidio y las enfermedades pulmonares han destruido esa proporción. Memoria de indecible melancolía: A veces he viajado muchas noches por corredores y escaleras pulidas sin hallar un solo internauta.

(3) Lo repito: basta que una web sea posible para que exista. Sólo está excluido lo imposible. Por ejemplo: ninguna web es también una escalera, aunque sin duda hay webs que discuten y niegan y demuestran esa posibilidad y otras cuya estructura corresponde a la de una escalera.

(4) Letizia Álvarez Toledo ha observado que la vasta Red es inútil; en rigor, bastaría *una sola web*, de formato común, escrita en fuentes de cuerpo nuevo o cuerpo diez, que constara de un número infinito de páginas, o un sólo árbol hiperbólico gigantesco. (Cavalieri, a principios del siglo XVII, dijo que todo cuerpo sólido es la superposición de un número infinito de planos.) El manejo de ese vademecum no sería cómodo: cada rama aparentemente se desdoblaría en otras análogas; la inconcebible página central no tendría salida.

De **El jardín de senderos que se bifurcan**, *1941*
En Alianza Editorial, este cuento se halla en **Ficciones** .

